

La función de los capitales

Sociedades productivas, eficaces y eficientes son aquellas en las que actualmente tenemos que ir encontrando un alojamiento para poder subsistir a un nivel de vida que conlleva la aceleración de los tiempos y ritmos de supervivencia, la expansión de la mancha urbana, la intromisión de los medios de comunicación en los hogares, pero sobre la característica que determina al individuo: la función de los capitales es lo que ha empezado a regir la esencia del hombre.



En la actualidad se convergen varios tipos de capitales: el económico, el cultural, el político, el académico, el simbólico, el adquirido y el heredado en torno a los conocimientos, costumbres y tradiciones; los puestos de trabajo para cualquier ser humano se inclinan hacia la calidad, el rendimiento, la innovación, el poder de gestión, etcétera. Es decir, se observa al hombre como una máquina productiva, como una organización de estructuras metálicas que si bien gasta energía también la puede llegar a consumir a través de la acumulación de estos capitales.

Pero dentro esta gran organización, ¿quién se ha preocupado por colocar en la solicitud de empleo -como exigencia para hacerse acreedor de éste- un nivel alto de capital espiritual?, al hombre se le exige hoy en la actualidad, que sea eficiente, rentable, eficaz, que sus procesos de calidad sean altos, para que en épocas de crisis su motivación y autoestima no descienda y con ello

no contribuya al desequilibrio social.

Los capitales están agotando al ser humano en su proceso pensante, de meditación y reflexión, de oración y concentración; a cambio de un ser rápido, estresado, sobrevalorado, con puntos extra en los niveles de control de la natalidad, práctico y utilitarista. Esos capitales que van midiendo al individuo para “forjarse un estilo de vida”, le han arrebatado la oportunidad de convivir con la familia, de leer un libro o un cuento a sus hijos, de contar las anécdotas del día; lo han llevado a las cajas invisibles de los ordenadores donde puede jugar, relacionarse con otros seres humanos, trabajar, evaluar su coeficiente intelectual, aprender a leer alfanuméricamente pero sobre todo aislarse de la convivencia humana y espiritual de la que tarde o temprano la esencia humana necesita alimentarse.

Esto no es lo que ofrece la sociedad de los capitales, porque en esta sociedad lo que realmente interesa es ir acumulando producciones tanto académicas como laborales, las emociones y los sentimientos que conducen a la búsqueda de una relación con Dios han sido relegados en el plano de la sociometría en un test psicológico, sólo con la finalidad de valorar sus estados mentales de cada hombre contratado.

¿Estamos dispuestos a seguir permitiendo que la función de los capitales nos invadan, nos estresen y hasta lleguen a deprimirnos? Acaso ¿vale más un domingo de frente al televisor con el fútbol, que un domingo con la familia y una



visita a la iglesia? Sí en realidad lo que está exigiendo la sociedad de los capitales es “calidad” porque se está aceptando vivir sin la calidad del amor de Dios, porque desgastamos las energías en ser competitivos con los demás y no estrenamos el mandamiento nuevo: amarse los unos a los otros como Cristo nos ha amado.

En el amor a Dios y al prójimo radica la verdadera calidad de vida, los procesos de enseñanza-aprendizaje para con los demás, la eficiencia y eficacia de nuestra alma. Y no en los medios de comunicación y los nuevos procesos de interacción artificial.

Por: María Velázquez Dorantes \ mary_vd@hotmail.com